

*Cena con espectáculo*

ALBERTO HONTORIA MACEÍN

## Prólogo

Antes de ponerme delante de esta obra con mi gorro de lector busqué mi gorro de narrador, que apareció bajo una montaña de chupetes y bloques de Lego. Me lo puse el tiempo justo para repasar mentalmente qué me había llevado en mi adolescencia/juventud a escribir los relatos que en 2015, con 36 años, publiqué con esta misma editorial. El gorro me dijo que durante la adaptación de dichos relatos a la antología fui rememorando qué me había motivado a su escritura. Tras esa rápida meta-introspección, me cambié de gorro para poner manos y ojos a la presente obra. Hoy, días después de su lectura, me he vuelto a poner el gorro de narrador. Y encima de él me he calzado el de lector para tener en cuenta ambos

puntos de vista. Así, con esa extraña indumentaria, escribo estas líneas.

Las novelas, como todo en la vida, pueden tener cualquier tonalidad; desde un negro profundo de basura literaria anodina hasta un blanco puro de texto adictivo, pasando por toda una escala de grises más o menos interesantes. Pero las antologías de relatos es muy raro que se encuentren en el cubo de basura literaria, pues para ello tendrían que estar ahí todos y cada uno de los relatos que contienen.

Para un lector si alguno de los relatos de una antología no da la talla, la decepción durará un tiempo menor que una novela vulgar, y además dicha decepción desaparecerá probablemente con el siguiente relato.

Para un autor no hay nada más interesante que tocar temas por los que siente predilección para poder elegir con conocimiento en cuáles profundizar en el futuro. Los relatos carne de antología pueden surgir por varios motivos. Algunos son un mecanismo de defensa personal frente a vicios, obsesiones, miedos o experiencias intensas del autor; si verbalizar un problema puede ayudar a encontrar una solución, escribirlo es aún más efectivo. Otros son derivados de algún texto mayor que el autor está tratando de escribir y que, sin encajar bien en la trama, pueden tener entidad propia –en un futuro pueden incluso convertirse en otra novela–. Los hay también provocados por situaciones cotidianas que le resulten interesantes de alguna forma al autor; estos suelen ser los más espontáneos y personales. Probablemente sean también los menos trascendentes, pero es en los que el autor

está más expuesto al lector, pudiendo llegar a revelar detalles íntimos de su personalidad.

Para bien o para mal he entrevistado en algunos de los relatos de *Cena con espectáculo*, de Alberto Hontoria Maceín, muchas de las motivaciones que en su día me llevaron a escribir los míos. Eso me ha hecho sentir nostalgia literaria.

Para bien, he aprendido leyendo la mayoría de los relatos: eso me ha dado una lección literaria. Para mal, me he sentido identificado con algunos: eso es tener puntería literaria.

Aunque pueda parecer que enseñar algo al lector o hacer que se sienta identificado debería ser el objetivo de todo buen relato, lo considero más bien un efecto colateral. El objetivo de todo relato antológico debería ser profundizar en algún tema que interese o motive al autor; intentar dar

explicación a algo que no comprenda, tratar de justificar algún comportamiento, expiar algún pecado, desahogar algún sentimiento que no se atreva a expresar con palabras, ir contra algún convencionalismo social, etc. *Cena con espectáculo* está lleno de esos objetivos, y eso tiene para el lector los beneficiosos daños colaterales de enseñar y provocar revolve en el asiento al verse reflejado.

Pero no todo en las antologías van a ser bondades. Hay que admitir que, frente a una novela, se puede acusar a las compilaciones de relatos de cierta falta de cohesión narrativa. Sin embargo, eso solo es cierto en las antologías forzadas. Para demostrar que la presente obra no es una de ellas, y aprovechando la libertad estilística que proporciona un prólogo, usaré el injustamente infrautilizado estilo literario de «elige tu propio destino» usado en algunas novelas juveniles.

El protagonista del que hay que elegir el destino, como no podía ser de otra manera, será Alberto, autor de la antología que estás a punto de leer.

**Elige tu propio relato:**

Si quieres que Alberto te cuente su visión del pecado capital de la soberbia en su variante de vanidad esclava, empieza por el relato *Eternas*. Si por el contrario prefieres que te cuente algo más ligero para abrir boca, comienza por una original perspectiva del pecado no capital del morbo inconsciente en *El raro magnetismo de las cosas desagradables*. Tras perturbarte con cualquiera de los anteriores relatos, si quieres pasar un rato incómodo redescubriendo con decenas de ejemplos cómo la economía subordina a la sociedad en vez de adaptarse a ella, pasa al relato *Templo*. Si prefieres disfrutar

de un mal rato más psicológico, pasa a leer *Declaración de amor*. Si quieres comprobar que el autor también sabe hacer reír con sus textos, pasa a *Refinamiento de lector* y conocerás el summum del esnobismo literario. Si eres más de humor caricaturesco, pasa a leer *No hace falta que se levanten*, donde te muestra otro típico comportamiento humano, causado esta vez por el tsunami de la tecnología. Si quieres continuar con la faceta tecnológica del autor y quieres ver lo mal que somos capaces de usar dicha tecnología, pasa al relato *Red*.

Por no alargar este prólogo innecesariamente y abarcar todos los relatos de la obra, si quieres que el autor te descubra una realidad de la que eres consciente pero no te has parado a pensar en ella lo suficiente, escoge aleatoriamente cualquiera de los relatos de esta antología. En caso contrario, deja de leer inmediatamente.

Carlos Prieto Minguela

## EL RARO MAGNETISMO DE LAS COSAS DESAGRADABLES



Los miembros mutilados de los que piden en la calle. Las deformidades. Las cicatrices procedentes de las cuatro vueltas de campana del turismo accidentado. Las úlceras cutáneas, el impétigo, los herpes.

Te gusta lo que no te gusta. Nada puede ser más contradictorio que la atracción por la repulsa. Resulta perturbador sostener una mirada que ha sido instruida para no detenerse en determinadas cosas.

El acto de mirar no es un ejercicio neutro ni anodino; está cargado de intenciones y significado. Pero solo nos damos cuenta cuando la mirada viola su propio protocolo.

Hablamos de unas desgracias físicas que se convierten en sinécdoques de sus portadores. Precisamente porque sus portadores han sido eclipsados por sus estigmas. La poesía del desastre.

La malformación congénita de extremidades que casi te roza al cruzar un paso de cebra. La abrasión facial que te vende dos tiques para la sesión de cine. El destrozo quirúrgico –no indemnizado– que se sienta a tu lado en la sala de espera del dentista.

No quieres mirar, pero miras. Quieres mirar, pero esquivas la mirada. Ya estás escudriñando un cuerpo humano cuando te pones a decidir si sientes asco, si sientes un inconfesable placer o si necesitas más tiempo para hallar la etiqueta que te dé una palmadita en la espalda y te diga qué

coño sientes. Nadie te ha dicho cómo tienes que comportarte, cómo tienes que moverte, qué diablos tienes que hacer.

La anómala cojera que no te quita ojo porque tú no paras de observarla. La gigantesca verruga en una mejilla que toma tu pedido en el Starbucks.

Te ha sucedido muchas veces. Los muñones de los indigentes te parecen más llamativos que las faltas de ortografía de sus eslóganes publicitarios. Hay tantos por las calles que las calles se asemejan a albergues improvisados de soldados norteamericanos recién llegados de Vietnam. Los escaparates delante de los escaparates convencionales. Los modelos más cotizados de cosméticos, gafas graduadas, ropa interior.

Estée Lauder te presenta a una microstomía luciendo su mejor sonrisa. Calvin Klein da el pistoletazo de salida a su

colección de calzoncillos con una disostosis mandibulofacial fardando de paquete. El avance de temporada de Hugo Boss corre a cargo de una macrocefalia de veinticuatro primaveras. Benetton congrega en su anuncio más espectacular y multiétnico a una acondroplasia, dos displasias y cuatro síndromes de Crouzon.

Ocurre continuamente. En el andén del metro, los pasajeros no pierden de vista a un chaval que tiene el rostro completamente desfigurado. La misma escena que se produciría ante cualquier cuerpo con quemaduras de segundo grado. La misma escena que tendría lugar ante cualquier bulto pronunciado en la cabeza. El caso es que el chico tiene la boca torcida y empotrada contra el mentón: anatomía imposible de un retrato firmado por Picasso. La mitad derecha de su cara es desproporcionadamente más grande que su mitad izquierda.